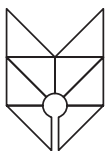


ROSER AMILLS

EL LIBRERO DE MACONDO



FUNDACIÓN
**JOSÉ
MANUEL
LARA**

XXIX PREMIO DE NOVELA
CIUDAD DE BADAJOZ



Ayuntamiento de Badajoz

Esta novela fue galardonada con el XXIX Premio de Novela Ciudad de Badajoz, convocado por el Ayuntamiento de Badajoz. Formaron parte del jurado Manuel Pecellín Lancharro, Luis Alberto de Cuenca, Paloma Sánchez-Garnica, Juan Manuel de Prada, Espido Freire e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: mayo, 2026

© Roser Amills, 2026

© Fundación José Manuel Lara, 2026

Avda. Reino Unido, 11, 1º. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Maquetación y diseño: Manuel Rosal

Fotografía de cubierta: Frederic Garrido Vilajuana, 'Paisaje de Berga de donde brotaron las palabras de Ramon Vinyes'

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 1192-2026

ISBN: 978-84-19132-85-7

Printed in Spain–Impreso en España

*A mis abuelos, por la distancia.
A mis hijos, y a mi pareja, por el camino de vuelta.*

Estaba gravísimo y el médico había dicho que, según sus cálculos, el paciente moriría de un momento a otro.

–¿Qué cálculos ha hecho usted? –le preguntaba la señora del paciente, que era muy curiosa y siempre quería enterarse de todo lo que pasaba en la casa.

RAMON VINYES, «Un caballo en la alcoba»,
dedicado, en 1952, a Gabriel García Márquez

Don Ramon Vinyes, el sabio catalán que tanto ansiaba y tanto me aterraba conocer, no había ido aquella tarde a la tertulia de las seis. Cuando salimos del café, con cinco tragos auestas, ya teníamos años de ser amigos.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *Vivir para contarla*

–Preciosa, llevo días llamándote –es la agente literaria–. Miguel me ha contado que, por fin, te tomas en serio la novela sobre García Márquez.

Le aclaro que no es sobre Gabriel.

–¿Quién es Ramon Vinyes?

Es la pregunta que hice yo, hace diez años, cuando me invitaron a participar en una actividad en la biblioteca de Berga que lleva su nombre.

Le ofrezco la respuesta breve. Sé que solo quiere una previsión de entrega y saber cómo titularé la obra. Me altera su sentido práctico. Cuando hablo mucho con ella, pierdo el rumbo dos o tres meses.

Todo el mundo es sabio, hasta que se sienta a escribir. Miguel también cree que me ayuda. Vacío mi mesa, abro la carpeta de las fotografías y las distribuyo, como una tarotista, por épocas y lugares. Busco un escondite, como una piedra. A suficiente profundidad para no ser arrastrada por el oleaje. Las cotejo. Mordisqueo mis uñas y los bordes de papel de gelatina de plata antiguo.

Me gusta el sabor amargo.

Analizo esta historia a la velocidad de dos y tres paquetes de cigarrillos al día, y los rostros ya responden por sus nombres de pila.

Podría marcharme con ellos.

No porque estén muertos. Aún no.

Sus personas civiles, emocionales y biográficas fallecieron. ¿Los revivo o me reviven? Nos burlamos juntos de mi curiosidad y mi obstinación intactas. Toso y le pido a Vinyes que vuelva a barajar.

Barcelona, 1933. En una foto de grupo de los ateneístas, Ramon Vinyes aparece casi fuera del encuadre. Con la mirada perdida. En una imagen borrosa de infancia, tan desgastada que parece cubierta de escarcha, mantiene la actitud ausente. De pie, junto a su padre y hermanos, al borde de la escena. También en las fotos de sus últimos años, poco antes de morir, esquivo el enfoque. Parece siempre a punto de levantarse y marcharse.

El día de la instantánea del Ateneu de Barcelona, Gabriel José de la Concordia García Márquez tiene seis años –treinta lo separan del sabio catalán—. Está en Aracataca, donde recordará que el calor era tan inverosímil que las vías del ferrocarril y los campamentos de la bananera United Fruit Company fueron construidos de noche porque de día era imposible agarrar las herramientas recalentadas al sol.

Cabello claro, suave, con flequillo. Viste pantalón corto y una camisa modesta, idéntica a una del abuelo, que le cosió la abuela Mina para que se parezca más a él. Entra en la cocina. Sobre la mesa, ella ha dejado unos pargos recién comprados.

–Parecen piedras.

Don Nicolás, oriundo de Sabanalarga, esbelto, moreno y dicharachero, se agacha hasta la altura de los ojos del pequeño y le explica que los pescaron lejos, en los fondos de arena del litoral de Santa Marta, y los congelaron.

–¿Qué es congelar?

–Dormir en hielo.

–¿Qué es el hielo?

Esa misma tarde, el abuelo lo llevó de la mano hasta el comisariato de la compañía bananera. Con solemnidad, pide que desclaven la tapa de una caja de madera. El pequeño Gabriel estira el brazo. El frío le quema la misma mano que, diecisiete años después, en una cafetería de Barranquilla, extenderá para saludar a Vinyes. El viejo catalán dejará su vaso vacío de coca-cola con dos hielos, medio derretidos, sobre la mesa, y aceptará el apretón de manos.

De cerca, son sus ojos azules lo que recuerda el frío de los pargos.

Lo imagino de la siguiente manera.

Barranquilla, febrero de 1950. El lugar, el Happy Land, una tienda de abastos con botellas tras el mostrador que adquirió la consideración de café y, finalmente, de bar, con sus borrachos de diario y las fiestas de fin de semana. Vinyes ha ocupado su mesa de costumbre y ha pedido pescado frito con patacones. Insípido, pese al aderezo, pero mucho más apetecible que la idea de someterse al mandato de su esposa de comer en la cocina.

Se seca el sudor pegajoso de la frente con un pañuelo y saca el cuaderno del bolsillo de la chaqueta de lino claro, decidido a ponerse al día con la correspondencia. La primera carta será para Elena; la echa de menos. ¿La echa de menos? Fija los ojos en la marea de transeúntes despreocupados de la calle, hasta volver a tenerla enfrente. Está a más de 10.000 kilómetros de casi todo lo que le importa. Cierra el cuaderno, alguien se ha acercado. Da un último trago a la coca-cola y acepta la mano que tiende un joven de tez oscura, y expresión amable, con el pelo largo, bigote ralo y una despeinada barba de chivo que le afea. Dedos largos y velludos.

El ventilador y la sordera de Vinyes entrecortan sus palabras. Oye, como en un telegrama: «Gabito, mi madre, diez pesos, Aracataca».

¡Bum! Reconoce al recién llegado.

–A tu edad, los diminutivos no traen nada bueno.

–Claro, don Ramoncito.

–Desde los trece, no permito que me llamen nada que no sea Ramon.

A Gabriel José de la Concordia lo llaman Gabo o Gabito desde que tiene uso de razón y replica que, en su caso, no habrá quien lo cambie. No le puso remedio a tiempo. Toma una silla y la acerca a la mesa de mármol. Ciro, curioso, sale de detrás de la barra, retira el plato de Vinyes y pregunta qué quiere tomar al recién llegado.

Una botella de vino, con dos vasos.

Don Ramon solo puede prestarle seis pesos. Gabriel está a punto de rechazarlos y hace ademán de levantarse.

–¿Qué hay en Aracataca para que tengáis que viajar con tanta urgencia, joven?

Le cuenta que es una ciudad aburrida donde está la casa que ha heredado su madre, pero la dibuja con tal riqueza de detalles que Vinyes no se aburre, sino que se adentra en el hogar de la infancia caribeña del recién llegado y en una certeza. Tiene el don de narrar.

El plan de su madre, prosigue, es incendiarla. Menueta coincidencia: por la mañana, don Ramon fantaseó con prender fuego a la casa de los Salazar, con su esposa y familiares dentro, y se ríe.

–Nada de venganzas, al contrario. Es la costumbre de una ciudad vieja y supersticiosa, don Ramon –explica Gabriel–. Un buen incendio ayuda a los espíritus a entender que es hora de marcharse.

Vinyes, acostumbrado a desconfiar, está complacido de que haya recurrido a él, tras casi un año desaparecido. Había pasado unos días en Barranquilla y su simpatía con mostacho juvenil es contagiosa. Lo había destacado antes que

nadie cuando lo reseñó como nuevo cuentista prometedor en *El Espectador* de Bogotá, hacía dos años. Otra casualidad. En el cenáculo, tuvo que mostrarles a sus colegas el artículo que ni habían leído para que le creyeran.

–Fue un honor –se emociona Gabriel–. Había oído hablar de usted en la tertulia del café El Molino y le admiraba. Me impresionó ponerle rostro de forma tan inesperada al autor de la reseña.

Sin embargo, el joven partió para completar su carrera de derecho en Bogotá, la capital remota y lúgubre, en perpetua llovizna, plagada de mendigos con úlceras, entierros, olorosa a hollín y a muertos en vida. Vinyes no había vuelto a saber de él.

No estudia mucho, cuenta, pero saca buenas notas. Pretende ser abogado. Una verdadera lástima. «Otro aspirante a escritor que se entrega al tedio», recuerda Vinyes que sentenció en su diario, convencido de que no volverían a cruzarse.

Y aquí está. Sentado frente a él, listo para pedir dos vinos más y alargar la conversación.

–Menos mal que los profesores nos facilitaban el conocimiento de las obras de Freud, las profecías de Nostradamus y el marxismo, o me hubiera marchado antes. No creo que logre licenciarme, don Ramon, he abandonado la Facultad. Trabajo de lo que salga y escribo, como me recomendó usted.

–Ahora me dirás que es culpa mía estar pelado y sin carrera.

Vinyes trata de recordar, en vano, desde que se han dado la mano y lo ha reconocido, el título de aquella novela que Gabriel tenía en marcha. La revisó hace un año y medio y le sugirió algunos cambios. Calculo, al margen, que faltan diecisiete años para que la termine y la publique. Treinta

y cinco para que yo la lea por primera vez. Un manuscrito milagroso salvado sucesivamente de un incendio, de los empuños, del extravío en un taxi, o de dormir en un cajón para siempre.

«Un buen cuentista colombiano, Gabriel García», escribió en la reseña; se acuerda de lo que quiere. El joven sonríe, sorprendido por la memoria de elefante de Vinyes que por fin se le queja de no haber venido a verle antes. Los colegas del cenáculo han informado bien a Gabriel. Don Ramon se ha agriado. Confiesa que han pasado dos meses desde su regreso.

—No se adquiere un buen estilo si no se leen al menos media docena de autores de primera cada mes. Un escritor se nutre de escritores, no hay más. ¿Has leído los libros que te enviamos? Los de las tres cajas de madera. Dime que sí, y tampoco te tendré en cuenta que nunca respondieras a mis notas de lectura.

—¿Las escribió usted? Iban sin firmar. ¡Cuánto se las agradezco! Menudo tesoro, las anécdotas de las notas. La pulmonía me tuvo tres meses en cama e hicieron que la convalecencia se me pasara volando. «Insiste», recuerdo que decía una. Desde entonces, y espero que para siempre, insisto cuanto puedo.

De pronto, la memoria florece.

—La casa.

—¿Qué casa, don Ramon?

—¿No se titulaba así aquel manuscrito de seiscientas páginas?

—Me sorprende que lo recuerde, con lo mucho que lee usted.

—Me gustó cómo me lo presentaste. «Cada personaje no es solo un ser o una persona, es una comunidad» —dijiste—.

«Los territorios pobres y su gente son la casa». Dime, ¿has avanzado con ella?

Vinyes la leyó encerrado en la hacienda de los Salazar, durante aquella semana en la que los vientos alisios de Barranquilla soplaron con tanta fuerza que arrancaron decenas de árboles del paseo. Al terminar de comentarle las posibles mejoras del manuscrito, le dio un consejo que tampoco ha olvidado. «Hay que trabajar mucho, y para siempre». Suprimir, corregir, despedazar cuartillas, hasta que uno puede dar por buenas apenas un par de páginas. Y volver a empezar.

–Me tiene obsesionado, pero está estancada.

«No corras, no hay prisa». Aún le parecía que no la había.

–No sirve, ya; pero podrías leerlo.

Camina por la habitación como un animal enjaulado. Le ofrezco la lectura del manuscrito impreso que acaba de traerme de la copistería y ya he modificado. Nunca es la versión definitiva. Hace una semana, le animé a leer *Cien años de soledad*. Le ofrecí el ejemplar, arrugado y mellado, que atesoro desde la infancia. Lo rechazó, sin mirarlo. Trastorno por déficit de atención, diagnosticado, se excusa y sonrío, travieso.

–He visto la serie. El mundo ya conoce a García Márquez.

–Pero no lo que alguien es capaz de sacrificar por escribir –replico–. Ni el tiempo y esfuerzo que requiere.

No suele llamarse amor a alejarse, pero entre ocho y doce horas al día –desde hace dos años y medio– lo es entre Miguel y yo. Es este metro cuadrado de tierra firme, este rincón solo mío con pilas de versiones sucesivas de la historia donde me atrincheró y desde donde le doy la espalda a todo.

–Te convienen mis interrupciones, amansan a la fiera. Déjalo ya y ven a cenar –insiste, en vano.

Dice que tengo amor dentro de mí, pero no sé usarlo. Le recuerdo nuestro trato. En nombre de la paz, sostendremos nuestra vida en común así. Miguel saca un folio del paquete de quinientos que acaba de traer y lee la primera página, en voz alta. Don Ramon y yo levantamos la cabeza y nos

miramos. A través de su cuerpo. Está, de pie, detrás de Miguel. El mundo gira. El cursor parpadea.

La lectura prosigue, Miguel cada vez más animado, y yo corro, sentada, empapada de sudor, con agujetas y la respiración llena de humo. Releo arriba y abajo e introduzco cambios en mi texto. «Hay que trabajar mucho, y para siempre».

Escribir y reescribir no arregla nada, pero es lo que tenemos.

Febrero, el mes más ventoso y con menos precipitaciones del año, suele ser la mejor temporada para visitar la capital del departamento del Atlántico. La escasez de lluvias reduce los charcos y el lodo omnipresentes. Sin embargo, el clima tropical es imprevisible y una breve tormenta ha bastado para devolver el barro a las aceras y los mosquitos a cada rincón de los hogares.

Las dos aficiones de estos insectos del demonio, hacer ruido y engordar, los asemejan a la nueva Barranquilla. En las tres décadas transcurridas desde la primera llegada de Vinyes, el progreso ha desbordado la infraestructura decimonónica de techos de paja con algunas avenidas arboladas y pavimentadas, una red de alcantarillado y un acueducto.

La casa de los Salazar se alza en esta zona remozada en el noroeste de la ciudad, repleta de viviendas espaciosas y con almenas casi idénticas. El aburrimiento convertido en paisaje urbano. Solo los jardines frondosos de mangos y perales salvan la monotonía.

Desde el despacho de don Ramon, bajo el aguacero diluvial fuera de tiempo, oímos desfilan una procesión de disfrazados que tocan tambores de gran tamaño frente a las rejas del antejardín. Ensayan para el carnaval, trasplantado al Nuevo Mundo por los colonizadores castellanos y portugueses, y su compás es africano y caribeño.

Invitan al baile y a la evasión, lo que contrasta con nuestra reconcentrada inmovilidad.

Para no ceder al impulso de rascarme las picaduras, leo y distraigo la mano con una rama que asoma por la ventana, con flores con abejas diminutas y hormigas de cabeza roja adormiladas por debajo de las corolas, acostumbradas a desafiar así los chaparrones e inofensivas. De vez en cuando, también recorro con la vista el papel pintado con aves zancudas a juego con la tela de las sillas.

–¡Qué delirio de decoradores! –exclamo, y me abanico.

–Lo arreglaron en los buenos tiempos –murmura, sofocado como yo.

Vinyes lo recuerda bien. Estando casado con María, mientras él pasaba penurias en un barracón de Toulouse a la espera de un barco que lo sacara de la Europa en guerra, madre e hija Salazar contrataban, a precio de saldo, a decoradores que huían del conflicto con sus catálogos europeos bajo el brazo. Cortinas pesadas, candelabros descomunales, muebles dorados. En el viejo continente se derrumbaban imperios; en el nuevo, restauraban mansiones.

Ahora la casa se cae a pedazos por la humedad, y en cada habitación han vuelto a colgar los Sagrados Corazones de Jesús. Como el que preside su escritorio, enmarcado de rojo, junto al retrato del difunto suegro, don Clemente Salazar. Dos imposiciones de doña Adriana para exorcizar del rincón de trabajo, y de su ánimo, el espíritu anarquista del yerno.

Vinyes escribe a su hermano Pepet para que diseñe los escenarios y el vestuario de la obra que se estrenará en Barcelona. La primera que dirige a distancia, por carta.

Don Ramon levanta la cabeza de su escritorio. Da un vistazo al reloj de pulsera suizo y antimagnético; yo, al móvil.

Son las once y media de la mañana. Se despereza, suelta la pluma y aguza el oído.

Se asoma a la escalera de caracol y pide desde el rellano un café helado. Nadie responde, bajamos los peldaños enmoquetados. Vinyes da un traspié y se sujeta en la baranda de bronce, «¡esto es intolerable!». Descendemos el último tramo a trompicones, traspasamos umbrales hasta la cocina.

Su distribución es sencilla y tiene una estufa doble en el centro. La chimenea, negra de hollín, atraviesa el techo, exageradamente alto.

A pesar del calor, es el rincón más despejado y habitable de la casa, y donde Vinyes sobrelleva mejor su papel de consorte sin voz ni voto. Sobre todo, gracias a Copelia, la vieja cocinera de los Salazar.

Nada más verlo, con media col en una mano, enciende en el fogón un cigarro para Vinyes y otro para ella; se dan los buenos días, tosen juntos y se ríen. El buen humor de Copelia es contagioso, como su habilidad para hacer varias cosas a la vez: da instrucciones a tres ayudantes que entran, en la despensa, botellas y cestos, corta puerro, apio y perejil, aparta desperdicios para las gallinas, llena de agua una olla y le sirve una taza de café.

—¿Sabe dónde podría encontrar a doña María?

—En el comedor principal, ¡desde las seis está de bulla!

Vinyes apura su tazón, lo friega y enjuaga. Eso también la divierte. Como, a él, enterarse por la cocinera de que su mujer hace gárgaras diarias de jugo de limón con miel para mantener la voz delgada. ¡Si cada día está más gruesa, toda ella! Y rubia por un peluquero bogotano que la convenció de que le convenía el estilo Hollywood.

Salimos de la cocina, guiados por los gritos de la esposa que se encuentra en la sala de estar. Regla de latón en mano,

riñe a una criada, casi una niña, por la distancia entre los platos y los cubiertos. María Salazar posee un rostro agradable y sensual, del que destacan unos ojos terribles.

–Me tienen haciéndolo todo; esta mañana hasta me tocó despertar a las muchachas. Ahora que te veo... olvidé informarte.

Con un mohín coqueto, se abanica y desgrana el plan. Don Ramon va a comer en la cocina, antes de que lleguen los invitados. Es eso, o marcharse. A comer fuera, dar un paseo o lo que considere.

Él se niega. No oculta su descontento.

–¿No ves que hacía años que en esta casa no disfrutábamos de la compañía de políticos importantes? Ya que han tenido el buen gusto de aceptar la invitación de mi familia, no podemos estropearlo con tus diatribas –sermonea, de brazos cruzados, en escorzo.

–Claro, sería preferible no incomodarlos... Pero no.

–Ramon, no hay más que hablar, a Copelia le ha quedado magnífico el sábalo con pasas. Comes en la cocina, o lo suben a tu habitación.

–¿Como un proscrito?

–Me lo debes, Ramoncito. Compórtate.

Y cita, de memoria, su párrafo preferido de la autorización que sus padres le firmaron a Vinyes: «quedará libre de los cargos con el compromiso de que no podrá dedicarse a actividades políticas o que alteren el orden público, bajo pena de que se le cancele el permiso de residencia».

–Le perdono la parsimonia, Ciro, también voy con la anti-patía alta. ¿Ha tomado buena nota de mi arrebató de esta mañana? Sírvanos y, luego, no dude en correr a contar a los Salazar que ha oído que sentí ganas de quemar la casa.

Vinyes acompaña la diatriba con un gesto con los dedos de dos vasos más.

–¿Sabes qué, Gabriel? Mi impulso, cuando vi lo difícil que era encontrar siquiera un rincón en el teatro catalán, fue quemar las naves. Soy de mecha rápida, lo admito. Mi hermano Joan me lo dice siempre: esos prontos y mis posteriores alejamientos no conducen a nada. Razón no le falta.

Brindan.

–Por la paciencia.

El vino barato hace estragos. Han perdido la cuenta de las rondas. Salen a que les dé el aire.

–A ver si nos despejamos, ¿verdad? –grita Ciro desde detrás del mostrador, cada vez más serio.

Vinyes no se inmuta, fuma, como Mallarmé, un cigarrillo tras otro para interponer una nube de humo entre la humanidad y él. Buena receta, ¡qué diablos!

–Don Ramon, cuidado –insiste el tabernero–, depende de uno elegir el licor, pero sobre todo lo rápido que se llene o se vacíe el vaso.

Se ha hecho tarde. Gabriel lo sujeta del brazo para que no pierda el equilibrio. Vinyes se palpa las sienes y se afloja la corbata.

–Vámonos, tienen que cerrar.

–Con veinte años, ¿en serio no puedes aguantar mi ritmo? Estoy bien.

–Ya veo. Por cierto, cumplo veintitrés en marzo.

–Lo repites... ¿para que te felicite, o te envidie? Créeme, cuando tengas mi edad sabrás lo que es sentirse cansado de veras. Acabo de recordar por qué solo bebo coca-cola. Viejo y borracho.

Alcanzan el portal de la calle Real, más conocida como la calle del Crimen, justo cuando bajaba Elvira, llave en mano. La ha avisado una compañera que Gabriel ha localizado en una esquina de la plaza y va a colarles en esta colmena. Vinyes la saluda rápido con un piropo, en vez de darle la mano, porque está a punto de vomitar otra vez.

–No grite. Si el portero me ve –dice Gabriel–, no entraremos. Debo dinero.

–Bajen la voz, las paredes del Rascacielos son de papel, y tiene malas pulgas –susurra Elvira.

Gabito se lleva un dedo a los labios y bromea en voz baja.

–Es cierto, Vinyes. Aquí he conocido de oídas los secretos de funcionarios de alto rango, generales y hasta dignatarios. No imagina las historias que cuentan.

–Buen ambiente para escribir. Un cuarto con paredes de papel. Pero prefiero las cañerías.

Gabriel, apoyado en un banco, se sacude el pantalón empolvado.

–¿Cañerías, dice?

–Lo aprendí de Rilke. Se inspiraba escuchando a los vecinos mientras se lavaba las manos.